Nueva aportación al conocimiento histórico de los primeros momentos de Malila: Las cerámicas a mano altomedievales de las excavaciones de Parque Lobera y Cerro del Cubo (Melilla) I.

Juan Bautista Salado Escaño
(Arqueólogo)
José Suárez Padilla
(Arqueólogo)
Ildefonso Navarro Luengo
(Director del Área de Patrimonio Histórico del Excmo. Ayto. de Estepona, Málaga)

Resumen:

Con este trabajo pretendemos adelantar algunas de las conclusiones extraídas de un trabajo mayor sobre las cerámicas altomedievales de Melilla, procedentes de los resultados de las excavaciones de urgencia llevadas a cabo en Parque Lobera y Cerro del Cubo.

Nuestro propósito es dar a conocer un interesantísimo conjunto de materiales elaborados a mano que constituyen una fuente de información histórica de primer orden, dejando para una publicación posterior, el estudio global de todo el material cerámico aparecido en distintas excavaciones arqueológicas desarrolladas en la ciudad.

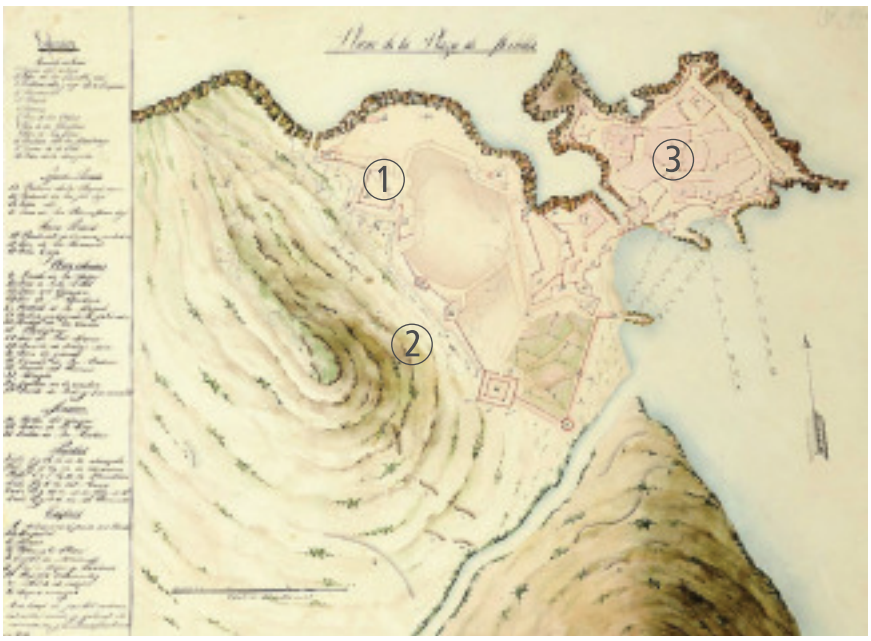
Las excavaciones arqueológicas:

Los materiales que presentamos en este estudio parcial han sido extraídos de dos excavaciones arqueológicas de urgencia desarrolladas en el Centro Histórico de la Ciudad Autónoma de Melilla, Cerro del Cubo y Parque Lobera, y la información de la circunstancia de los hallazgos ha sido redactada a partir del informe que nos ha aportado la Dra. Pilar Fernández Uriel, quien nos ha encargado el estudio del conjunto cerámico[1].

Los días 7 al 11 de abril del año 1997 fueron una fecha importante en el estudio de la Arqueología y en la investigación de la historia de la ciudad.

El Centro asociado de la UNED patrocinó un coloquio dedicado a sus orígenes y su Historia más antigua, con el título *Melilla y su entorno en la Antigüedad*, logrando que

1 Agradecemos desde estas páginas a la Ciudad Autónoma de Melilla su gran hospitalidad e interés en el conocimiento de su Patrimonio Histórico, especialmente al Museo de la Ciudad y concretamente a Rocío Gutiérrez, que ha hecho posible el estudio de estos materiales depositados en los fondos del mismo.



PLANO 1. Ubicación de los sondeos arqueológicos en Parque Lobera y Cerro del Cubo. (1: Altura del Cubo; 2: Parque; 3: Primer Recinto).

un grupo de investigadores se dieran cita en Aula DIEZ (Varios Autores: 1998).

En dicho coloquio se expuso la necesidad de dar a estos estudios una continuidad y cobertura adecuada, poniendo esta labor en manos de un equipo investigador preparado para conseguir que su trabajo tuviera los medios idóneos y fuera apoyado y reconocido por las instituciones oficiales y por la comunidad científica.

Desde el primer momento la Consejería de Cultura de la ciudad aceptó este reto con entusiasmo y respaldó este proyecto, ayuda que ha mantenido de forma continuada.

Así se iniciaron con rigor y continuidad las primeras intervenciones arqueológicas en Melilla la Vieja. Estas investigaciones se canalizaron a través del Museo de la Ciudad, que se convirtió en el centro de operaciones y base del equipo de arqueología.

Estas excavaciones arqueológicas pioneras se iniciaron tímidamente con una serie de prospecciones dentro del Segundo Recinto. Sin embargo, su verdadero comienzo arrancó con una primera campaña de urgencia al detectarse restos orgánicos y fragmentos cerámicos en la Carretera de la Alcazaba con ocasión de la construcción de una urbanización de chales adosados en la ladera del Cerro del Cubo (Plano 1).

Los arquitectos informaron de estos restos a la Consejería de Cultura, poniéndose en contacto con los profesores Fernando López Pardo, de la Universidad Complutense, y Pilar Fernández Uriel de la UNED, personándose en el lugar el día 19 de Diciembre de 1997, donde detectaron, en uno de los cortes realizados por las máquinas, hasta cinco cavidades de características similares excavadas en la base geológica de la ladera, consistente en roca arenisca.

Gracias a los trabajos iniciados en diciembre de 1997, que se prolongaron hasta enero de 1998, se pudo ver que estas estructuras se trataban de distintos silos o "matimoras", para almacenar productos sólidos o, incluso líquidos. Morfológicamente, son cavidades con forma oval, con una parte más ancha que oscila entre 15 a 25 m. de diámetro, si bien hay que decir, que por lo general son bastante irregulares. El acceso a las mismas se practica a través de una pequeña abertura en la parte superior, la cual se tapaba mediante una losa de arenisca, como así se pudo ver en uno de los silos, cuya losa se había caído a su interior (Foto 1 y 2).

De las cuatro que se investigaron y que conservaban los rellenos de amortización y colmatación, sólo una poseía abundante material arqueológico. Las otras restantes estaban rellenas de tierra y escombros modernos, probablemente provenientes de la construcción de los sistemas defensivos de la fortaleza de Victoria Grande.

La segunda intervención de importancia se llevó a cabo en febrero de 1999 en el paraje conocido como Parque Lobera, concretamente en toda la zona norte, muy cerca del Auditorio Carvajal, que comprende la misma zona de hábitat que la del Cerro del Cubo.

Esta zona tiene la especificidad de que estuvo ocupada en época púnica y romana, donde se instaló una posible necrópolis, como se puede desprender de los materiales localizados.

Se intervino en un único silo excavado en la roca natural, que estaba colmatado por un estrato con abundante material, siendo de esta intervención el mayor porcentaje de materiales estudiados.

El silo tiene 25 m. de diámetro en la parte más ancha. Es de forma oval y está intacto. Los estratos consistían básicamente en un primer nivel de tierra de color pardo con bolsadas de tierra negra y gris con restos de carbones. Esta unidad amortizaba un estrato formado por cenizas.

La importancia de poder haber excavado estas estructuras no sólo reside en haber detectado los primeros indicios de hábitat de época islámica, sino que constituyen distintas unidades cerradas y sin alteraciones, lo que proporciona una gran fiabilidad en la datación de los artefactos localizados.

Marco histórico

En el tiempo que transcurre entre que Melilla pasa de ser conocida como *Russadir* a llamarse *Malila*, se sitúa uno de los periodos históricos peor conocidos de la ciudad.

Esta circunstancia del cambio de nombre, es precisamente una de las

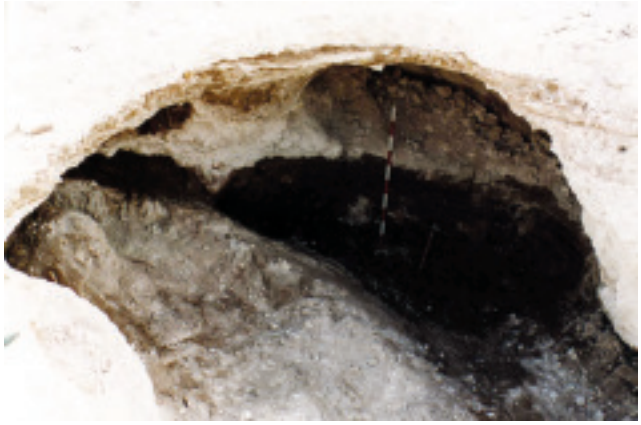


Foto 1. Vista del interior de un silo localizado en Cerro del Cubo.

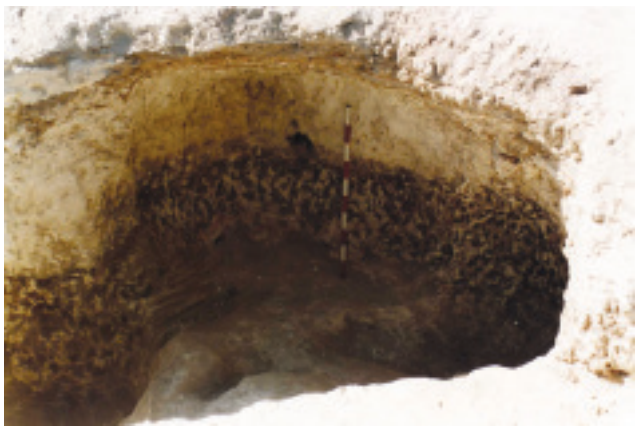


Foto 2. Interior de un silo excavado en Cerro del Cubo.

peculiaridades que llaman la atención en comparación con otras urbes estratégicas del Mediterráneo occidental. En opinión de E. Gozalbes (1997: 228) este hecho debe responder a la existencia de un momento de abandono de la ciudad, entre los siglos VII y IX d.C.

La última noticia que tenemos del epílogo de la Russadir tardoantigua es a través del documento denominado *Thronus Alexandrinus*, que menciona la ciudad de Rusadir como la sede de un obispado cristiano a principios del siglo VII d.C. (Gozalbes E. 1991: 155). Efectivamente, no nos parece extraña la existencia de una guarnición bizantina en la ciudad, especialmente en función de la constatación arqueológica reciente de este tipo de asentamientos en puertos estratégicos del Mediterráneo occidental, como *Malaca* (Taller de Investigaciones Arqueológicas 2001), *Septem* y *Iulia Traducta* (Navarro Luengo, Torremocha Silva, Salado Escaño, 2000).

A lo largo del siglo VIII, y prácticamente hasta finales de la centuria siguiente, no tenemos noticias de la antigua ciudad de *Russadir*, cuyo territorio estaba integrado políticamente dentro del Islam. Sabemos que una serie de tribus beréberes poblaban la región desde antiguo (*Nefza*) (Tahiri 2002: 37), y fueron poco receptivas al efecto de la romanización (Gozalbes G. y Gozalbes E. 1994: 769). A éstas se unieron posteriormente otras procedentes del Este (Gozalbes, E. 1997: 228).

Pero, ¿qué pasó con la antigua población de la ciudad de *Russadir*? Si existió un asentamiento bizantino, debió presentar ante todo carácter militar, cuya guarnición, como vemos en el resto de los asentamientos investigados, como *Malaca*, está siendo abastecida por el estado, con lo que la economía local debió estar en claro retroceso (Taller de Investigaciones Arqueológicas 2001: 688). Los antiguos habitantes de *Russadir*, a partir del siglo VII, pudieron haberse desplazado hacia el campo una vez que el asentamiento perdió su interés como puerto estratégico, integrándose políticamente en el ámbito indígena beréber dominante.

Precisamente, en el siglo VIII, un árabe de origen yemení, *Saleh*, se instala en pleno Rif oriental, y consigue aglutinar políticamente las tribus de la región (Tahiri 2002: 38). A principios del siglo IX, su nieto funda la ciudad de *Nakur*, capital de este reino. Su esplendor la convierte en la medina más importante de esta región mediterránea. En el territorio surgen nuevas poblaciones, mercados y puertos, que establecen relaciones con las poblaciones del otro lado del Mediterráneo (Tahiri 2002: 44). Pero entre todas estas nuevas poblaciones y puertos aún no se cita a Melilla.

Es a mediados del siglo IX, como indica el profesor Tahiri (2002: 46), cuando se observa una tendencia a la fortificación generalizada del territorio. Se construye una importante muralla en la capital, *Nakur*, y surgen nuevos asentamientos fortificados en el entorno de la ciudad. Entre ellos, destacan *Tasreft* e *Igga*, que han sido recientemente constatados arqueológicamente. En ellos, hay aljibes y grandes silos, destinados previsiblemente al almacén de trigo y cebada.

Junto a esto, también se observa en momentos avanzados de la segunda mitad del siglo IX el inicio de una reactivación económica en las ciudades costeras de Al Andalus, como Málaga, donde se documenta una importante actividad artesanal (Salado, Mayorga, Ramblas, Navarro, Arancibia, 2002), en Pechina (Acién, Castillo, Martínez, 1990) y últimamente en Algeciras.

Concretamente los marinos de Pechina establecen importantes vínculos comerciales con el Magreb, donde incluso llegan a fundar factorías activas, como Orán (Guichard, 2002: 81).

Precisamente, las fuentes en estos momentos avanzados del siglo IX nos hablan por primera vez de *Malila.* El geógrafo al-Yaquibi ya nos cita la ciudad. Los nuevos pobladores deben ser los indígenas beréberes, de las tribus que habitan este territorio desde el siglo VIII, y que serían obligadas a un proceso de sedentarización desde la capital, Nakur, que no estuvo exento de problemas (Gozalbes, E. 1997: 230).

De hecho, el topónimo *Malila*, tiene un origen beréber según este mismo autor, que, deriva de "Mlil" y significa "juntarse". La interpretación histórica de este significado, según el investigador, es su potencial carácter de lugar de mercado o reunión, propio de un espacio con excepcionales condiciones portuarias y un hinterland rico en productos agrarios y mineros.

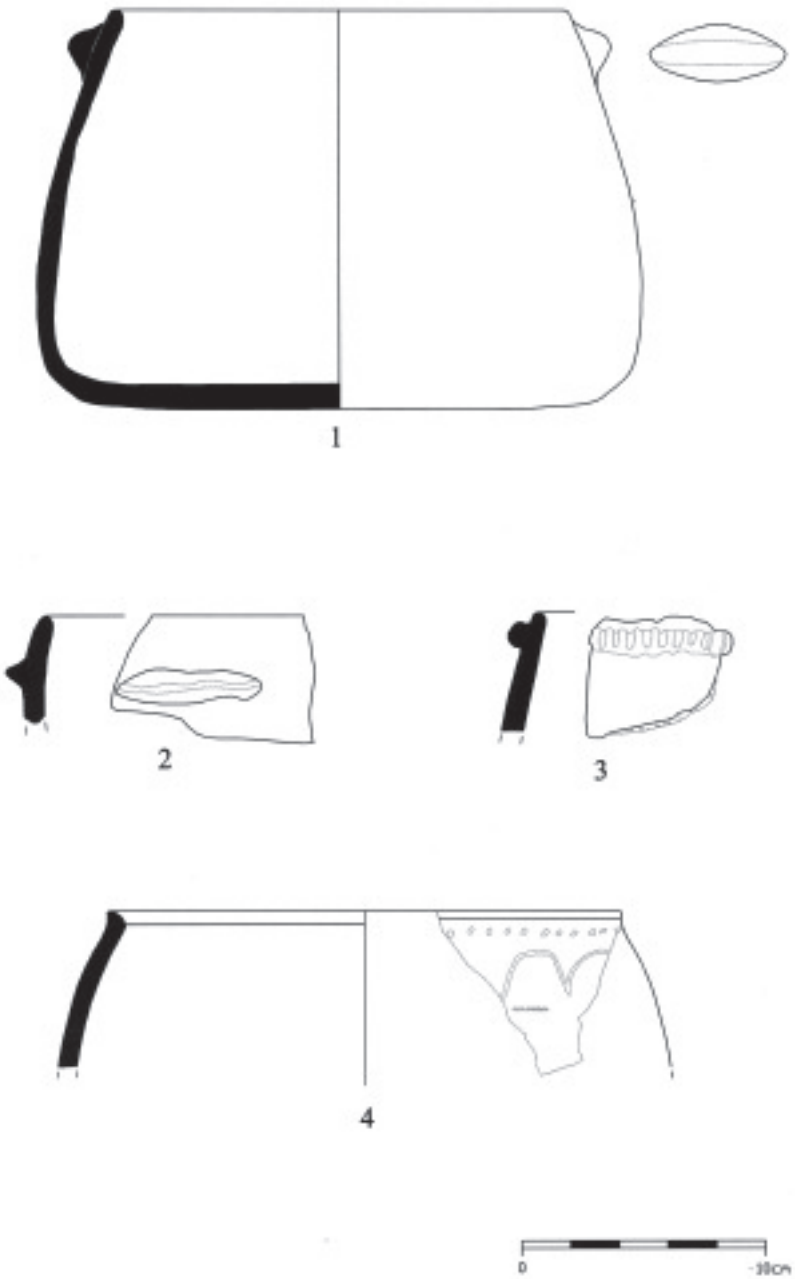


Figura 1. Marmitas.

A partir de estos momentos también contamos con fuentes arqueológicas para conocer la Malila del siglo IX d.C. En este sentido, los conjuntos de cerámicas localizados en el Cerro del Cubo y Parque Lobera son de un valor histórico extraordinario, ya que nos permiten constatar como en este promontorio existió un asentamiento de esta época.

La existencia de este asentamiento antiguo en el Cerro del Cubo, resulta de gran interés. Sus características físicas encajan bien en el nuevo patrón de asentamiento de lugar posiblemente fortificado y de interés estratégico, propio de la segunda mitad del siglo IX en el ámbito político del reino de Nakur, y por otro lado estaría justificado en base al interés económico de los puertos de Al-Andalus en el Magreb.

En 927 la ciudad es sometida por Abderraman al-Nasir, tal como señala Ibn la Warrac, y recoge Bekri. Es conquistada en un periodo breve por los fatimíes y reconquistada por los Omeyas, que la dotan de potente amurallamiento (Ibn Hayyan, 1981: 285), para pasar en breve espacio de tiempo a manos de los beréberes locales (Gozalbes E. 1997: 231).

Los recientes resultados arqueológicos de los trabajos de Plaza de Armas, cerro que está frente al que nos ocupa, evidencian que este lugar estuvo ocupado en momentos de los siglos X-XI, como demuestra el hallazgo de cerámica verde y manganeso y manganeso sobre melado[2], así como parte de una muralla de mampostería que podría corresponder a estos momentos (Villaverde 2003: 23)

Estudio cerámico. Las cerámicas a mano procedentes de Cerro del Cubo y Parque Lobera y su contexto histórico

Para facilitar la comprensión de las descripciones de los ejemplares cerámicos, hemos agrupado todas las piezas en distintas series, en concreto 8, aun sabiendo que hay fragmentos que son difíciles de clasificar, aunque por características morfológicas, hemos visto conveniente añadirlos a determinados grupos. Esto no es óbice para que en las referencias a determinados casos haya distintas posibilidades de uso, existiendo, pues, ejemplos polifuncionales, tanto desde un punto de vista material como subjetivo.

Como anteriormente dijimos, el estudio presente se centra únicamente en las cerámicas elaboradas a mano, dejando para un trabajo posterior la publicación de las piezas a torno. A pesar de ello, desde un punto de vista cronológico, la tomaremos como referentes de datación, ya que la fechación de todo el conjunto puede ajustarse con mayor fiabilidad con las cerámicas a torno que con las elabora-

2 El estudio de la cerámica medieval de la excavación de Plaza de Armas, que se encuentra en vías de finalización, nos ha sido encargado para su inclusión en la memoria de excavación por su director Noé Villaverde, al que agradecemos su confianza y disposición.

das a mano, las cuales tienen una perduración más prolongada.

Antes de entrar en las descripciones pormenorizadas de las piezas vemos conveniente hacer referencia a los porcentajes extraídos de todos los ejemplares estudiados, los cuales nos pueden proporcionar interesantes datos.

Las cerámicas a mano suponen un 44,93 % de los ejemplares estudiados, frente a un 55,07 % de los elaborados a torno. Este porcentaje se nos antoja muy alto si lo comparamos con otros yacimientos cercanos, como Nakur, donde las proporciones serían de un 29,44 %, paras las cerámicas a mano y un 70,54 % para las cerámicas a torno (Acién Almansa, Cressier, Erbati, Picón, 2003: 623). Si estos porcentajes son relativamente cercanos, las diferencias son aun mayores con otros centros urbanos como al-Basra, donde las cerámicas a mano suponen únicamente un 5,4% frente a un 94,6% de cerámicas a torno (Benco, 1987: 63).

Marmitas

Es la serie con mayor número de ejemplares, y la que presenta una variedad tipológica más grande.

Las pastas son generalmente de color naranja, aunque hay distintos ejemplares en las que podemos ver nervios de cocción, normalmente naranja y negro (figura 1, nº 2), naranja y gris (figura 2, nº 5) o marrón y gris (figura 1, nº 4). Otras pastas presentan tonalidades grises (figura 2, nº 6) o beige (figura 2, nº 7).

Debemos destacar que los desgrasantes son medianos y abundantes, subrayando dos piezas que tienen como mineral principal micas doradas, en estos casos de grosores pequeños (figura 2, nº 9 y 11).

En cuanto a morfologías nos encontramos con diversos tipos diferenciados.

Las marmitas más comunes tienen borde simple, cuerpo troncocónico y bases ligeramente convexas, casi planas (figura 1, nº 1-3). Los dos primeros ejemplares tienen mamelones, mientras que el número tres tiene un cordón aplicado con acanaladuras debajo del borde.

Similar a este tipo nos encontramos con piezas con el borde exvasado con sección triangular (figura 1, nº 4, figura 2, nº 5 y 6) y con decoraciones a base de líneas incisas onduladas (figura 1, nº 4, figura nº 2, nº 6), líneas punteadas, y pequeños círculos o lágrimas incisas (figura 1, nº 4, figura 2, nº 5). En estos casos se documentan mamelones digitados (figura 2, nº 5) y asas de cinta (figura 2, nº 6).

Un tercer grupo lo constituyen dos piezas con borde exvasado con sección redondeada, cuerpo casi globular, base convexa y mamelones (figura 2, nº 7-8). La pieza 9 de la figura 2 no

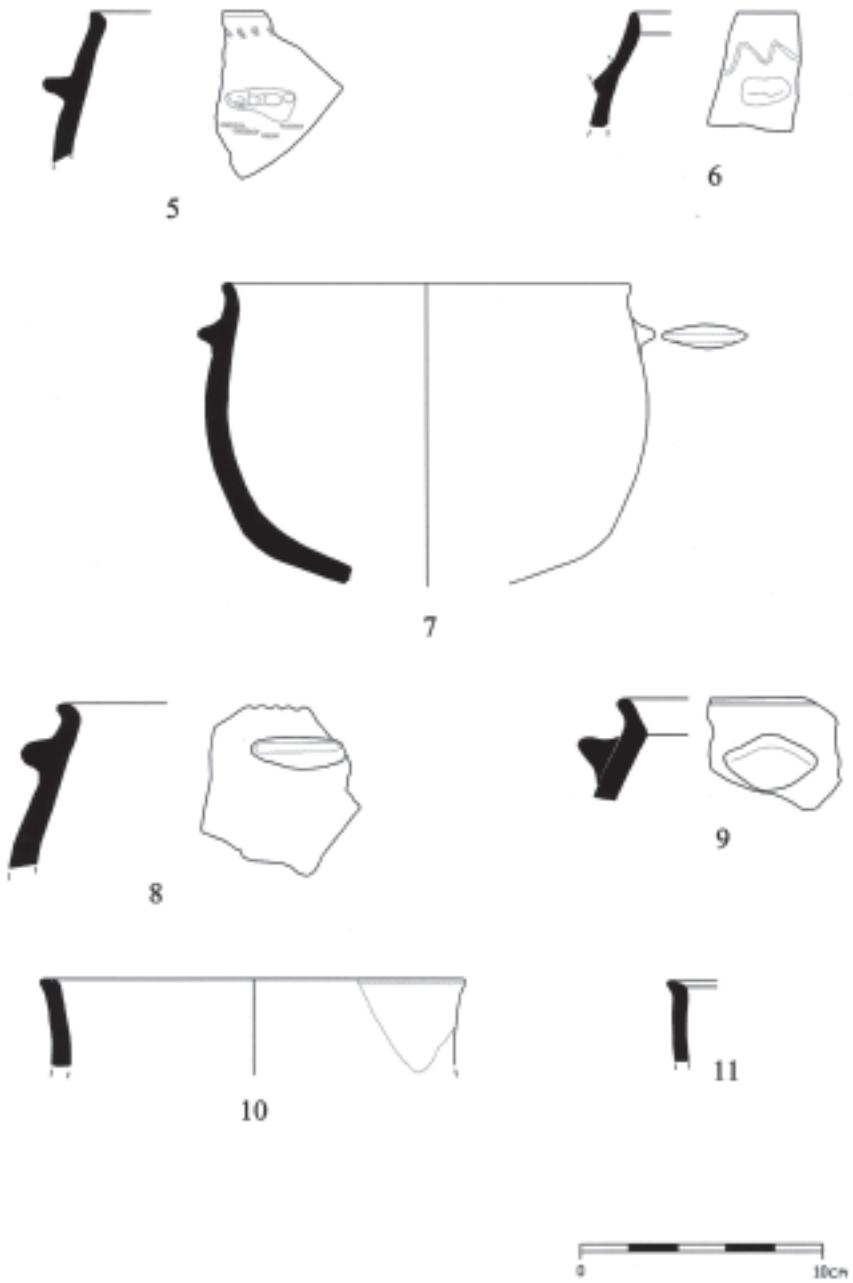
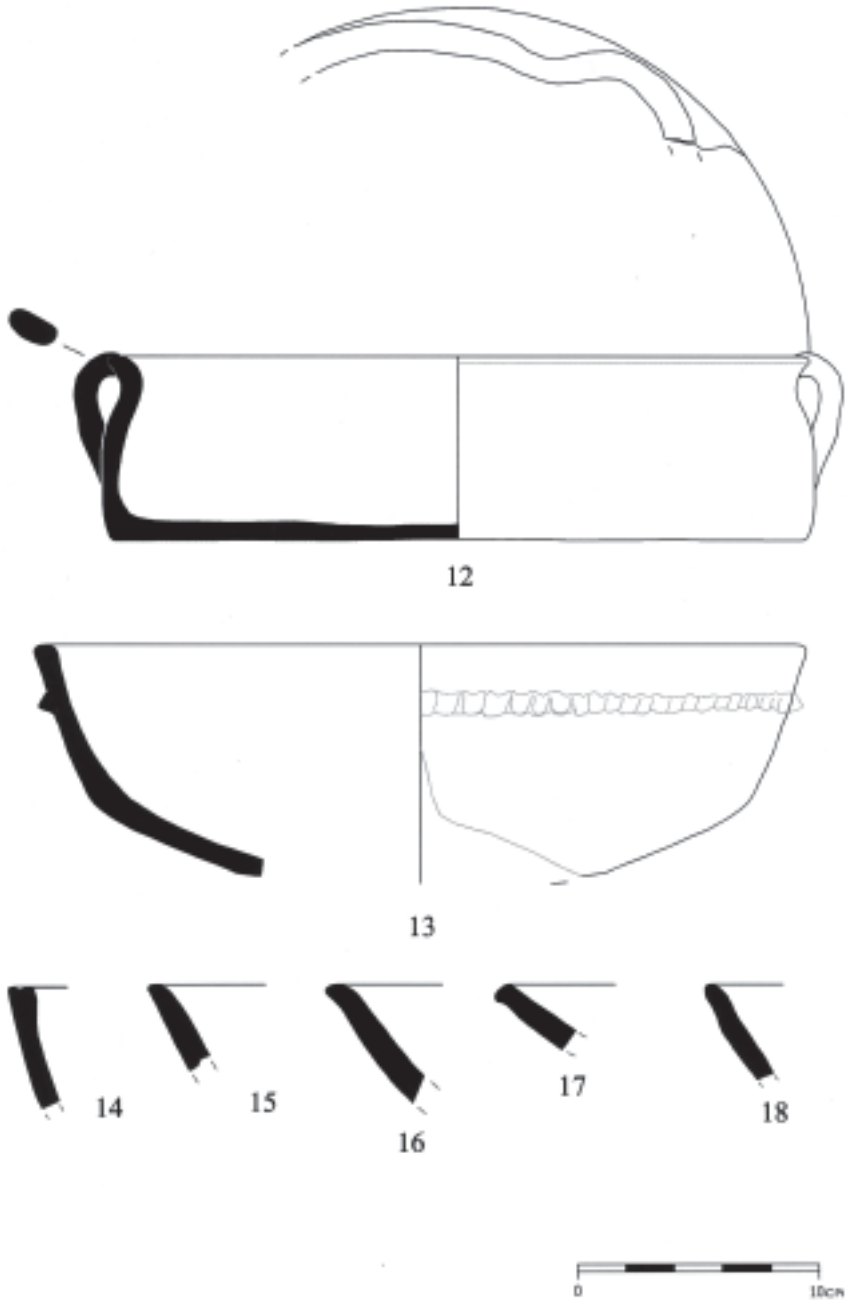


Figura 2. Marmitas.

Figura 3. Cazuelas.



reúne exactamente las características de este grupo, pero sí la podemos incluir en el mismo, ya que la diferencia reside en que el borde es más largo que los anteriores, siguiendo en lo demás un esquema similar.

El último grupo de marmitas, son dos piezas que tienen cuello casi recto y con bordes exvasados (figura 2, nº 10-11). En el caso del primero el labio tiene una pequeña acanaladura.

Indiferentemente a los tipos, hay una característica muy peculiar en el tratamiento de las superficies de las marmitas. De este modo, presenciamos alisados tanto en el interior como en el exterior (figura 1, nº 1 y 4, figura 2, nº 8) o solo en el interior (figura 1, nº 2), al igual que espatulados en el interior (figura 2, nº 6 y 10) o al exterior (figura 2, nº 7). Estas soluciones se practican con el fin de tapar los poros y conseguir, por tanto, cierta impermeabilidad en las piezas.

Cazuelas

Presentamos 4 ejemplares bien diferenciados de cazuelas, de las cuales dos están casi completas.

Las pastas empleadas para la confección de estas piezas tienen desgrasantes medios, menos en el caso del número 12 de la figura 3, los cuales son de grueso calibre.

La coloración de dichas pastas son también variables, pasando desde los tonos anaranjados (figura 3, nº 12-15), a los nervios de cocción beige y gris (figura 3, nº 139) o rojo y gris (figura 3, nº 14).

Desde un punto de vista morfológico los cuatros ejemplares son distintos.

El primer tipo tiene cuerpo troncocónico, con el labio exvasado de sección circular, asas de cinta y base plana. Presenta borde lobulado para facilitar el escanciado de los líquidos contenidos (figura 3, nº 12).

El segundo tipo es una cazuela con forma de cuenco, labio simple y posee una ligera carena en la parte central que diferencia el cuerpo con la base, la cual es convexa. Como elemento decorativo destacar un cordón ungulado bajo el borde que recorre todo su diámetro. Es el único ejemplar que tiene la cara interior alisada al igual que ocurre con ciertas marmitas (figura 3, nº 13).

El tipo tercero es difícil de clasificar, aunque nos inclinamos más por la posibilidad de que sea una cazuela. La característica más reseñable que posee es la acanaladura que tiene en el borde, posiblemente para recoger una tapadera (figura 3, nº 14).

Por último, las piezas que constituyen el cuarto grupo tienen cuerpo troncocónico invertido con labios con sección triangular, algunos exvasados (figura 3, nº 17). Presentan pastas con tonos naranjas o grises. No debe descartarse que puedan tratarse de ataifores a torno lento, aunque nos inclinamos más por la primera posibilidad (figura 3, nº 15-18).

Anafres

Como anafre presentamos, no con ciertas reservas, una única pieza que tiene una pasta con nervio de cocción de color roja y negra con desgrasantes medianos. La catalogación como anafre viene dada por la exis-

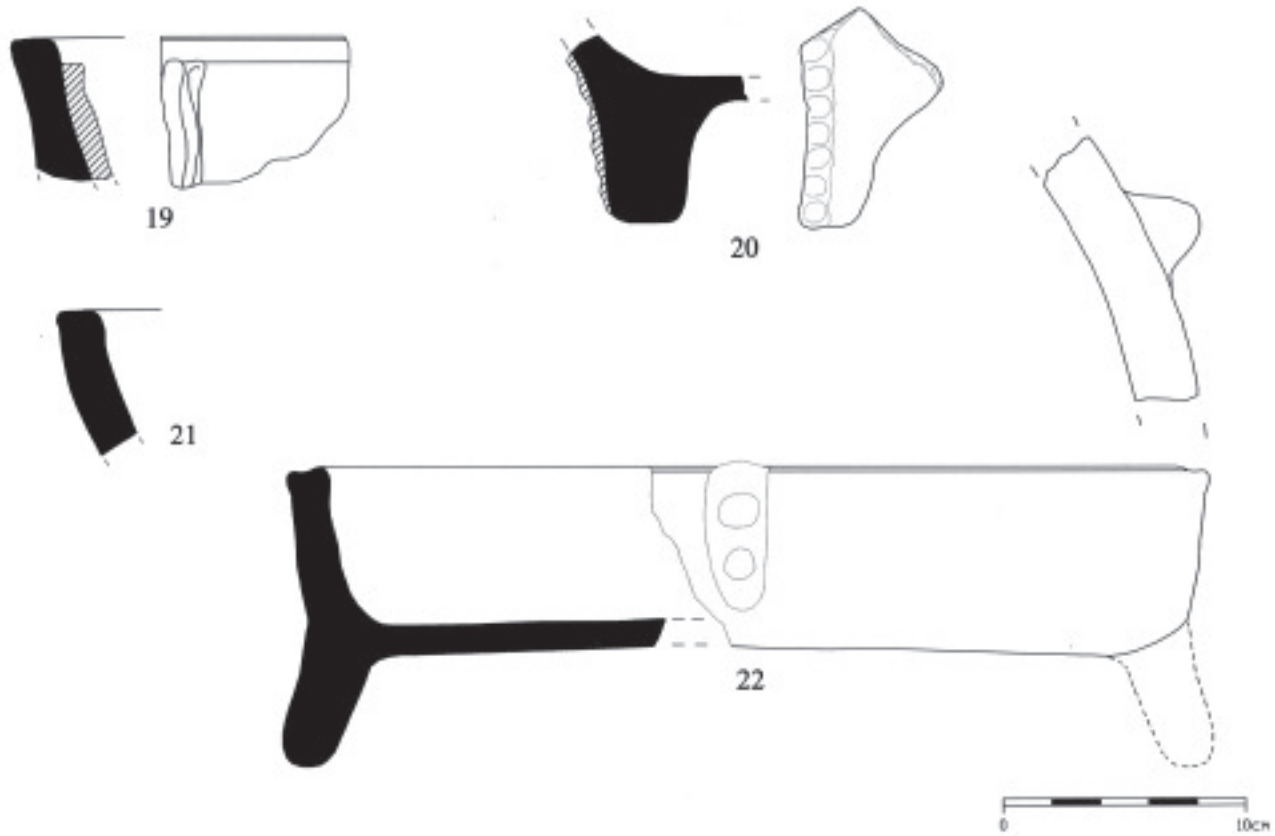


Figura 4. Anafres y Braseros.

tencia en su interior de un aplique vertical que puede servir de soporte para marmitas y cazuelas de gran diámetro. Las paredes son bastante gruesas y rectas, siendo su labio simple de sección cuadrangular (figura 4, nº 16).

Braseros

Como braseros catalogamos una serie de piezas de gran interés, debido a sus grandes dimensiones y a su posible funcionalidad variable.

El hecho de que tengan señales de fuego en el interior es el que nos ha llevado a decantarnos por tipologarlas como braseros, sin tener que desdeñar la posibilidad de que puedan ser usadas, del mismo modo, como anafres. Esta ambigüedad funcional queda patente en la pieza 18 de la figura 4, que, debido a las dimensiones tan reducidas, no podemos precisar su funcionalidad. No obstante, la sección es muy similar al anafre estudiado anteriormente, tanto en grosor como en forma.

Las características de estos braseros residen en sus grandes dimensiones y en la existencia de trípodes de gran tamaño. En uno de los casos este trípode posee en su cara externa un cordón ungulado vertical como ornamento (figura 4, nº 17).

Los cuerpos, en comparación con sus diámetros, son relativamente cortos, son rectos y acaban en un borde con acanaladura poca marcada. Tienen grandes mamelones, la pieza estudiada conserva tres, decorados con digitaciones, y las bases son rectas (figura 4, nº 19).

Las pastas tienen nervio de cocción de color rojo y negro (figura 4, nº 17) y pajiza y gris (figura 4, nº 19), con desgrasantes medianos.

Alcadafes

Dentro de este grupo hemos catalogado un total de tres piezas, denominándolas alcadafes más por exclusión que por inclusión.

Los ejemplares presentados tienen todas pastas con desgrasantes pequeños y medianos, nervios de cocción naranjas y negros.

Tienen forma de cuenco con paredes gruesas, con ligera carena (figura 5, nº 23) y posibles fondos ligeramente convexos. Los labios son exvasados y de sección triangular (figura 5, nº 23 y 24), aunque pueden ser también simples (figura 5, nº 25). En ocasiones, las paredes internas se tratan mediante un espatulado (figura 5, nº 24-25) para tapar los poros.

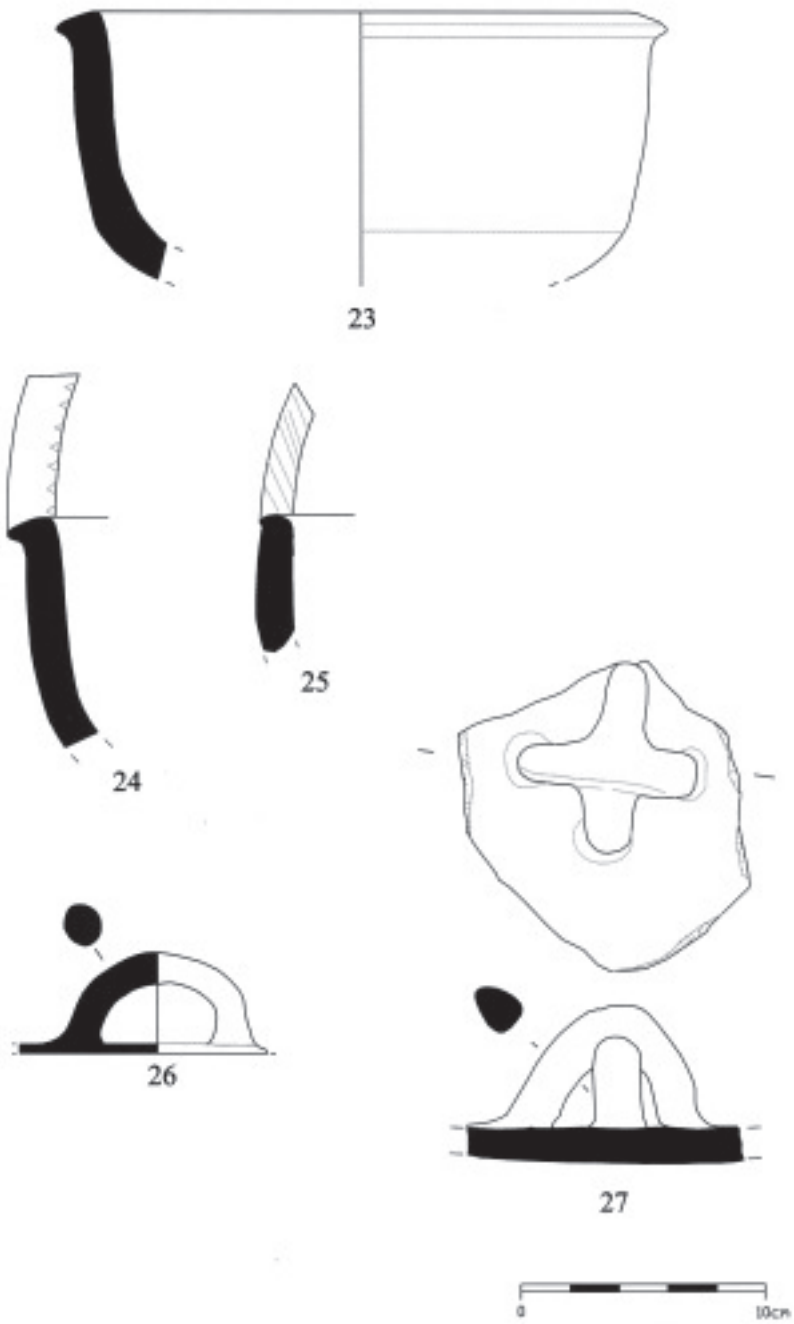
Como decoración singular, documentamos incisiones triangulares en el borde interior (figura 5, nº 24) o incisiones oblicuas a lo largo de todo el borde (figura 5, nº 25).

Tapaderas

Las dos tapaderas son discoidales, con pastas de color naranja con desgrasantes gruesos (figura 5, nº 27) o pasta bien depuradas (figura 5, nº 26).

Las dos presentan asas de puente, destacando una pieza que tiene dos asas cruzadas de sección triangular (figura 5, nº 27).

Figura 5.
Alcadafes y Tapaderas.



Tinajas

En el grupo de grandes contenedores destacamos tres piezas con pastas beige (figura 6, nº 28) o naranjas (figura 6, nº 29 y 30), con desgrasantes medianos o muy gruesos, como en el caso nº 29 de la figura 6.

Destacan por tener los borde vueltos y ser de gran grosor. Tienen diversos motivos decorativos, siendo el más común los cordones ungulados en los cuerpos (figura 6, nº 28 y 29). Como decoración más especial reseñar un grupo de garabatos incisos en el borde (figura 6, nº 30).

Orza

Sin descartar que la pieza nº 30 de la figura 6 pueda ser una marmita, describimos un único ejemplar con cuerpo posiblemente globular y labio redondeado. La pasta es de color naranja y los degradantes son de mediano calibre (figura 6, nº 31).

Conclusiones

El conjunto que presentamos en este estudio está conformado por un interesante elenco de cerámicas elaboradas a mano. A pesar de que la perduración de esta técnica es bastante amplia, si contextualizamos estas piezas con las manufacturadas a torno aparecidas en los mismos niveles estratigráficos, debemos fechar todo el conjunto en el último cuarto del siglo IX, principios del siglo X, lo que supone la constatación arqueológica de la Malila anterior a la conquista de Abderraman III.

Esta propuesta cronológica, como dijimos, viene ajustada por las piezas vidriadas, en las que destaca la presencia de ataifores en verde oliva, jarritas incisas bajo vedrío, candiles de piquera corta y ancha cazoleta, y por otro lado reforzada por la ausencia total de verde y manganeso y cuerdas secas parciales. Esta propuesta se nos presenta reforzada por su comparación con producciones cercanas.

Los paralelos que nos parecen más fiables y parecidos, son las cerámicas documentadas en las últimas excavaciones en la ciudad salihí de Nakur. El repertorio documentado es prácticamente igual al nuestro, destacando las marmitas con cordones y decoraciones incisas y punteadas, las cazuelas, igualmente con cordones y con forma de cuenco, los grandes contenedores y las tapaderas discoidales (Acién, Cressier, Erbati, Picón, 1999: pp. 62-67).

En el caso de Nakur destaca la ausencia de los braseros o anafres, al igual que la de los alcadafes.

Del mismo modo, es importante significar que nuestras piezas tienen paralelos en al-Andalus, como la marmita nº 6, con piezas de Cabezo del Moro (Gutiérrez, 1996, figura 84.1), o las marmitas del primer tipo, nº 1 y 2 con tipos documentados en Bayyana (Acién y otros, 1995, figura 411), o la cazuela nº 12 de la figura 3, que es igual a una aparecida en las excavaciones de la Plaza de la Marina en

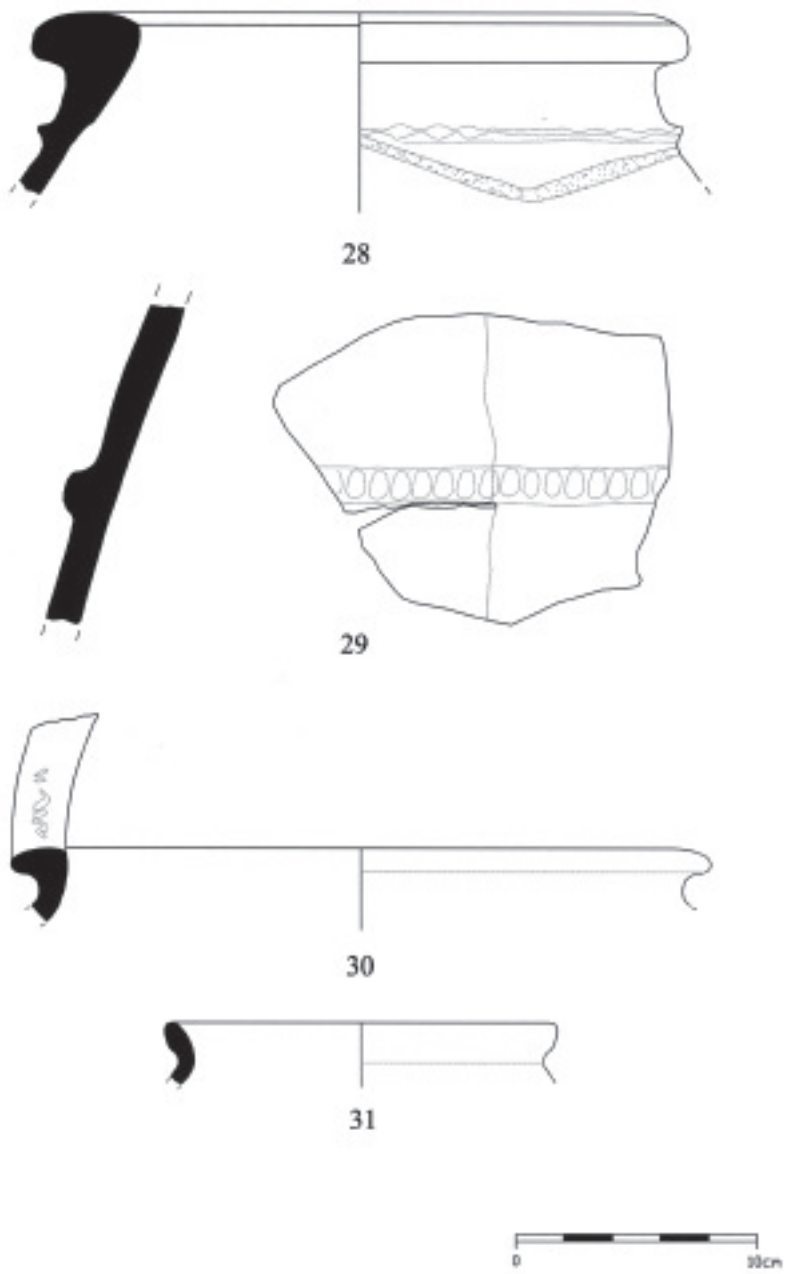


Figura 6.
Tinajas y Orza.

Málaga (Acién, Castillo, Fernández, Martínez, Peral, Vallejo, 1995, figura 515).

Es importante destacar la similitud de estas piezas con ejemplares a torno lento de época tardía excavadas en todo el sur y sureste de la Península Ibérica. Como muy bien dice el profesor Acién, se infiere una cierta unidad en los dos lados del Estrecho a partir del siglo VI en cuanto a la cultura material confeccionada a mano, algo que no ocurre con el resto de la Península en la Alta Edad Media (Acién, Cressier, Erbati, Picón, 1999: 53).

Indudablemente, ese lazo de unión que nos induce los parecidos existentes en la cultura material norteafricana con el sur peninsular viene por el sustrato que la ocupación bizantina impregna en ambas regiones entre las poblaciones indígenas, tradición que perdura en lo funcional y, en algunos casos, en lo tipológico (Navarro, Fernández, Suárez, 1997). Igualmente, es importante destacar el trasvase de población oriunda de la zona tunecina y argelina durante el siglo VIII, altamente romanizada, que permitiría una cierta continuidad en el ajuar cerámico. Curiosamente, aquellas zonas no ocupadas por los bizantinos o con poca influencia de éstos, la cerámica a mano tiene poco que ver con la que nos ocupa, como es el caso de la Marca Media o el levante andalusí (Acién, Cressier, Erbati, Picón, 1999).

La vinculación que establecemos entre Melilla y Nakur en este momento, a través de las cerámicas, ya no sólo las de mano, sino también las vidriadas, nos hace pensar en una vía importante de comercio, a través del puerto salihí, a las zonas del entorno del centro urbano. Es difícil precisar si las cerámicas a mano son producciones locales, pero todo nos hace pensar, por el carácter rural que Melilla posee en estos momentos, de que, al igual que se comercializan las cerámicas vidriadas o a torno, también se comercian las cerámicas a mano, al menos ciertos tipos más extendidos, como las marmitas, las cazuelas o las tapaderas, desde distintas rutas comerciales que se difunden a partir del núcleo urbano más importante de la zona, Nakur.

El hecho de que los restos más significativos que aparecen en el Cerro del Cubo o en Parque Lobera, sean silos, demuestra un asentamiento con marcado carácter rural o agrícola, en un espacio con buenas posibilidades portuarias y de cierta estructura urbanística. Este hecho sí se hace evidente a partir de la ocupación de la plaza por parte de Abd al-Rahman III, donde, proponemos, se produce un traslado del asentamiento al cerro colindante, la actualmente llamada Melilla la Vieja, buscando un lugar con mayores condiciones estratégicas.

Esta propuesta se refuerza a partir de la ausencia de cerámicas claramente califales, como el verde manganeso, en los conjuntos localizados en Cerro del Cubo y Parque Lobera, cerámicas que sí aparecen de forma importante en las excavaciones desarrolladas en Melilla la Vieja.

Bibliografía

Acién, M.; Castillo, F.; Martínez, R. (1990): "Excavación de un barrio artesanal de Bayyana (Pechina, Almería)", *Archéologie Islamique*, 1, París, pp. 147-168.

Acién, M.; Castillo, F.; Fernández, Mª. I.; Martínez, R.; Peral, C.; Vallejo, A. (1995): "Evolución de los tipos cerámicos en el S.E. de al-Andalus", *Ve Colloque Internacional sur la céramique médiévale en Méditerranée Occidentale, Rabat, 11-17 Novembre 1991*, Rabat, pp. 125-139.

Acién, M.; Cressier, P.; Erbati, L.; Picon, M. (1999): "La cerámica a mano de Nakur (ss. IX-X) producción beréber medieval", *Arqueología y Territorio Medieval, 6*, Jaén, pp. 45-69.

Acién, M.; Cressier, P.; Erbati, L.; Picon, M. (2003):"Les céramiques tournées de Nakur (IXe-Xe siècles)", *Actas VIIe Congrès International sur la Céramique Médiévale en Méditerranée, Thessaloniki, 11-16 Octobre 1999*, Athènes, pp. 621-632.

Benco, N. L. (1987): *The early medieval pottery industry at al-Basra, Morocco*, BAR International Series 341, Oxford.

Gozalbes E. (1987): "Los beréberes en la historia antigua y medieval de Melilla", *El Vigía de Tierra, 2-3*, Melilla, pp. 223-235.

Gozalbes E. (1991): *La ciudad antigua de Rusadir. Aportaciones a la historia de Melilla en la Antigüedad*, Málaga.

Gozalbes G. y Gozalbes E. (1994): "El elemento tribal en Marruecos: de la romanización a la arabización", *Homenaje al Profesor José María Fórneas Bisteiro*, Granada, pp. 767-778.

Guichard P. (2002): *De la expansión Árabe a la Reconquista: esplendor y fragilidad de al-Andalus.* Granada.

Gutiérrez, S. (1996): *La Cora de Tudmir. De la antigüedad tardía al mundo islámico. Poblamiento y cultura material*, Madrid-Alicante.

Ibn Hayyan (1981): *Crónica del califa Abdarrahman III An-Nasir entre los años 912-942 (al-Muqtabis V)*, traducción de Mª Jesús Viguera y Federico Corriente, Zaragoza.

Navarro, I.; Rodríguez, L. E.; Suárez, J. (1997): "Cerámicas comunes de época tardorromana y bizantina en Málaga", *Figlinae Malacitanae. La Producción de cerámica romana en los territorios malacitanos*, Málaga, pp. 79-93.

Navarro, I.; Torremocha, A.; Salado, J. B. (2000): "Primeros testimonios arqueológicos sobre Algeciras en época Bizantina", *V Reunión de Arqueología Cristiana Hispánica, Cartagena, 16-19 de abril de 1998*, Barcelona, pp. 223-228.

Salado, J. B.; Mayorga, J.; Rambla, A.; Navarro, I.; Arancibia, A.(2002): "Evolución urbana de la Málaga Islámica. Siglos VIII-XV", *II Congreso Internacional. La ciudad en al-Andalus y el Magreb, Algeciras, 26-29 de noviembre de 1999*, Granada, pp. 361-390.

Taller de Investigaciones Arqueológicas, (2001): "Comercio y comerciantes en la Málaga bizantina", *Comercio y comerciantes en la Historia Antigua de Málaga (siglo VIII a.C.- año 711 d.C.).* Málaga, pp. 681-698.

Tahiri, A. (2002): "Proceso de urbanización en el Rif. Situación actual y perspectivas de investigación (siglos VIII-X)". *II Congreso Internacional. La ciudad en al-Andalus y el Magreb, Algeciras, 26-29 de noviembre de 1999*, Granada, pp. 37-47.

Varios Autores (1998): *Melilla y su entorno en la antigüedad*, Granada.

Villaverde N. (2003): "Excavaciones arqueológicas de Melilla. Campañas 2002-2003: Datos del poblamiento antiguo, medieval y moderno", *Revista de Arqueología*, nº 268, Madrid, pp. 18-25.